

## **0:1 – Proemio**

La cama del cardenal Zavala todavía conservaba el aroma del cuerpo de Beatriz, la joven que había entrado a su servicio hacía pocos meses. El religioso sonrió cuando vio que la chica había olvidado sus pendientes de oro en forma de cruz, que le había regalado él mismo.

Frecuentemente, los dejaba en la mesilla de noche y, cuando salía, entre la vergüenza de la desnudez, la candidez de los veinte años y el azoramiento del pecado, no reparaba en la necesidad de recuperar las pequeñas joyas. Sencillamente, se levantaba y huía con la mirada extraviada en sus ojos y la urgencia prendida en su alma.

Martín Zavala nunca había pensado que acostarse con Beatriz entrase dentro de lo que se podía entender como incorrecto para un hombre de su posición y, sobre todo, de su oficio. Consideraba que se trataba de un mero intercambio de favores, un negocio acordado en el que ambos obtenían ventajas. La chica le ofrecía su cuerpo blanco y magro, su intimidad inexplorada y su entrega absoluta para que él pudiera mantener los pies en el suelo. Para que recordara que, por debajo de su halo de santidad y de sus casi cincuenta años de servicio a Dios, alguna vez había sido un hombre humilde. Beatriz le servía para anestesiar esa parte de su mente que no dejaba de imaginar perversiones propias de la esclavitud. Usar a esa pobre desgraciada le devolvía a la realidad y conseguía, cuando

depositaba su simiente bendita en ella, que recordara su condición de simple humano pecador. En su estudiada justificación, consideraba que el hecho de fornicar con la muchacha o de humillarla era una penitencia para él, un acto al que se tenía que obligar para no perder la perspectiva de su gloriosa misión con los fieles. Su cabeza enferma lo entendía, en el fondo, como una cura de humildad para alguien cercano a la condición de divinidad. Dios ya se cuidaría de que en sus encuentros no se derivara ninguna preñez y, si el Altísimo lo permitía y Beatriz quedaba encinta, ya se ocuparía él mismo de subsanar el error. No sería la primera vez que lo hacía. El cardenal Zavala estaba convencido de que era uno de los pocos elegidos para determinar los designios divinos en el mundo terrenal. Y, a veces, pensaba que lo podía hacer incluso mejor que el propio creador. Él era una versión mejorada de Dios, sin duda.

Al igual que hizo Jesucristo hacía tanto tiempo, él había llevado su palabra y sus enseñanzas por tierras extrañas, de Occidente a Oriente, y había convertido y consolado, y había corregido y castigado. Había dado a cada hombre, y a cada mujer, lo que merecían en cada momento. Y en esa misión evangélica seguía aún hoy en día, a pesar de estar establecido en la villa por seguridad, sin tanto viaje ni tanto salvaje a quien iluminar, pero con la misma convicción, la misma rigidez y el mismo empeño de siempre.

Beatriz Deulofeu, la joven sirvienta, se debía dejar utilizar como lienzo para expresar las fantasías desviadas del cardenal y, a cambio, este le otorgaba protección, trabajo y salario a la que, hasta hacía poco, era considerada como una descamisada, una fracasada fruto de la relación contra natura entre un hombre adúltero y una prostituta. Zavala la había rescatado de uno de los conventos a los que solía acudir a dar consuelo, ofreciéndole una vida distinta y un horizonte más holgado que las cuatro paredes que

enterraban de por vida a sus monjas. Beatriz era una privilegiada en el mundo impío que el cardenal intentaba enderezar.

Desde el inicio de un acuerdo que él consideraba tácito y aceptado, y ella impuesto y aterrador, a la chica se le exigió voto de silencio, delgadez en sus carnes, gracia y sensualidad en el movimiento de sus caderas y sometimiento a cualquier capricho del cardenal, fuera o no imaginable, sin límites ni reproches. Ella sabía perfectamente que el incumplimiento de cualquiera de estas condiciones conllevaría, de inmediato, su expulsión de la casa bajo acusaciones de robo o brujería, a ella y a sus familiares, con el agravante que le otorgaba el convencimiento de que cualquier cosa que contara para defenderse sería considerada falsa por los fieles. Ser expulsada del palacete de su eminencia significaría, posiblemente, también la ignominia de verse tachada como la ramera que había intentado dejar una mácula carnal sobre la integridad de un hombre santo.

Beatriz había tenido que regresar a la habitación alguna noche tras satisfacer al cardenal, para limpiar las manchas de sangre y otros vertidos físicos que, en ocasiones, el encuentro provocaba. Pero el habitual motivo de regreso era el descuido por parte de la joven de alguna pertenencia que, por respeto al color púrpura de su señor y a su falsa condición virginal frente a la sociedad, no podía quedar allí.

Cuando escuchó el firme choque de los nudillos contra su puerta, Martín amplió su sonrisa. Recogió los pendientes de encima de la mesilla y se dirigió al recibidor de su habitación. Quizá le pediría algo más a cambio de devolverle las pequeñas cruces de oro. Esa noche, le apetecía seguir explorando los caminos de la humillación y el dolor ajenos, sentirse pecador emulando a los soldados que fustigaron y humillaron al Cristo camino del

Gólgota. «Para perdonar pecados, lo mejor es reconocer como si fueran propios los sentimientos de quienes cometen la falta», se decía frecuentemente a sí mismo para darle cobertura ética a sus desviaciones.

La bandeja de plata que usaba Beatriz para llevarle la infusión de antes de dormir se estrelló debajo de su sien izquierda. No tuvo tiempo de reaccionar. Un instante de lucidez le permitió vislumbrar el rostro de su agresor y lanzar un gemido de asombro. Después, frío y una niebla espesa. No escuchó el estruendo que hizo el hueso cigomático al fisurarse. Cayó como un fardo, desparramado sobre la gruesa alfombra persa de tonos granates y dorados que mitigó el ruido del cuerpo al impactar contra el suelo. El cardenal Zavala era de mala raza. Apenas conseguía engordar algún kilo a pesar de que no se privaba de nada. Su rotunda, alargada y fibrosa figura, medio desnuda, tuvo suficiente con un golpe certero y contundente para quedar en apariencia inerte.

Una sombra se inclinó sobre él. Le aplicó con firmeza sobre la nariz una venda impregnada con una sustancia que el cardenal, con los últimos instantes de consciencia, percibió dulce. Aturdido, se sintió invadido por una ligera náusea que le eclipsó lentamente el cerebro mientras la presión férrea de unas manos de camionero le paralizaban como si fueran tenazas. El atacante comprobó, con satisfacción, que todavía respiraba. No quería matarlo. Todavía no. Le necesitaba vivo y sometido. Tal y como lo tenía previsto, el cuerpo encajó perfectamente dentro del baúl con ruedas que había preparado. Una vez fijó los goznes, se dirigió a la puerta arrastrando su carga. Se deslizaba con suavidad sobre el suelo pulido de los corredores. Alcanzó la salida en unos momentos y se perdió en la oscuridad de la madrugada, que venía fría sobre la villa.

A unos metros de distancia de donde había caído el cuerpo del cardenal, Beatriz creyó escuchar unos ruidos indeterminados. No dudó de que formaban parte de su pesadilla, que le acompañaba desde hacía unos meses, justo desde que salió del orfanato donde tanto tiempo atrás había conseguido sentirse en familia por fin. Su mundo interior era una laguna emponzoñada, llena de fantasmas que se manifestaban de las maneras más variopintas, haciendo imposible para su cerebro discernir si un estímulo era externo o creado por su alma poseída. Se olvidó de cualquier ruido y se centró en limpiar suavemente las heridas de sus pechos, que ya apenas sangraban, pero que le escocían como demonios. El resto del cuerpo lo frotó sin contemplaciones, implorando inútilmente a un Dios que sabía que no existía que, junto a la piel, salieran también a jirones la vergüenza, la rabia y la impotencia.